

EPÍGRAFE

LARGO RECORRIDO, 14

Gordon Lish
EPÍGRAFE

TRADUCCIÓN DE
JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2011

TÍTULO ORIGINAL: *Epigraph*

*Published in the United States by the Perseus Books Group,
a successor in interest to Avalon Publishing Group*

© Gordon Lish, 1996

© de la traducción, Juan Sebastián Cárdenas, 2011

© de esta edición, Editorial Periférica, 2011

Apartado de Correos 293. Cáceres 10001

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-23-9

DEPÓSITO LEGAL: CC-1537-2010

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La presente publicación ha sido beneficiaria de una de las ayudas a la edición convocadas por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura. El editor autoriza su reproducción, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A DON DELILLO
Y A VICTORIA BORUS

*Por la boca
que lleno con palabras,
ya no con mi madre,
a la que hoy extraño
más que nunca,
elaboro esto que quiero
y la agresividad
que lo acompaña
al decir.*

JULIA KRISTEVA

Sí, claro.

F. W. LISH

Estimados miembros de la congregación de San Fermo:

Les participo que la Sra. Lish falleció en el octavo día de este mes. Sucedió a primera hora de la noche y, como era su deseo, en casa. Confío en que cada uno de ustedes acepte mi ferviente agradecimiento por la bendición de sus constantes desvelos por Barbara y también por mí, sin olvidar su obsequio, ese aparato con el que mi esposa estuvo obligada a vivir los últimos días de su vida. Finalmente, les pido se aseguren de que mis palabras de indescriptible gratitud lleguen a todas las Personas Misericordiosas que residieron en esta casa en el transcurso de la terrible experiencia de la Sra. Lish. Ninguno de ellos dejó de darle lo que ella necesitaba, en cada momento, sin reservas y con ánimo consecuente.

¡Qué maravillosa, maravillosa mujer majestuosa!
Gracias, gracias.

Reciban un cordial saludo,
Gordon Lish.

Estimados miembros de la congregación de San Eustacio:

Sin duda, se habrán enterado del fallecimiento de la Sra. Lish.

La muerte le sobrevino, cosa nada inesperada, al ahogarse con su propia saliva. No es mi intención extenderme en los infelices y particulares detalles de lo acontecido, sólo deseo hacerles llegar mi incalculable agradecimiento por su dedicación a la hora de gestionar las desbordantes circunstancias que me abatían, máxime cuando se trataba de alguien, yo mismo, ajeno a su religión. De hecho, y quiero decirlo sin ningún tipo de animosidad, desde que Barbara sufrió el primer ataque asumí que el caso sólo me incumbiría a mí, pero toda esa piadosa gente se comportó de una forma, a mi juicio, nada indiferente, a lo sumo tal vez algo irritada por mi desesperada insistencia. En todo momento la munificencia, siempre en su justa medida, hizo acto de presencia, la munificencia de ustedes y de algunos de sus hermanos y hermanas en Cristo, con especial mención de los feligreses de San Fermo. Dios los bendiga; y gracias doy a

todos y cada uno de ustedes por suministrarnos ese experto escuadrón de Personas Misericordiosas. La presencia de estas criaturas desinteresadas al lado de Barbara fue, en cada detalle, un regalo de Dios. ¿Pueden hacer llegar con celeridad mi más sentido agradecimiento a estas magníficas damas? Un asunto más, con respecto al aparato adquirido para la Sra. Lish cuando ésta ya no podía recostarse o sentarse: entiendo que dicho equipo debería quedarse como una instalación permanente en esta casa. Subrayo este punto habida cuenta de mi desafortunada muestra de irritación en el instante en que la Sra. Lish estaba siendo trasladada. Me refiero a los reproches que hice cuando aquella mujer que decía actuar en vuestro nombre intentó llevarse el susodicho aparato con los restos mortales todavía en el interior. Un lamentable malentendido, sin lugar a dudas, tanto más cuanto que este curioso implemento resume por sí mismo la totalidad del atroz relato que empezara a escribirse siete años atrás, cuando nuestra pequeña familia de dos o tres miembros recibió la terrible noticia de los males que aquejaban a la Sra. Lish. En pocas palabras, en mi corazón germinó eso que se suele llamar «apego sentimental» hacia este aparato que, mórbido como es, sirve no obs-

tante para mantener la vida en marcha. Sé que en este punto no necesito decir más.

Suyo, con gratitud,
Gordon Lish.

Estimado Funcionario de la Corte:

Le imploro que se haga a la idea: Barbara Lish ha fallecido.

Incluso si no fuera así, si pudiera quedar a su disposición gracias a las enfermeras, ni siquiera le serviría para formar parte del jurado más inepto, ya que durante muchos años ninguna de sus partes, excepto sus ojos y sus párpados, ha sido capaz de ejecutar la más insignificante de las tareas. Por consiguiente le pido encarecidamente que desista de enviar sus notificaciones a esta dirección. Son sumamente molestas, inoportunas, exasperantes, desconsideradas; así lo estimo. Confío en que atenderá este asunto con diligencia, y encontrará sin demora la resolución apropiada para el mismo; en otras palabras, que procederán a borrar el nombre de esta persona de sus archivos. Asimismo permítame decirle que esta vez habría podido abrumarle con recomendaciones adicionales de no haber sido porque, debido a una muestra del más disparatado de los descuidos, tuvo lugar un accidente descabellado donde los haya, y es que esta misma mañana, antes de dirigirme a la puerta principal para reco-

ger el correo matutino, donde su documento constituía el único elemento de dicha naturaleza, entré aquí por la puerta de la cocina después de haber pasado fuera toda la noche –o dentro de la noche toda– en compañía –espero hacerme entender con propiedad– de cierta vecina. En todo caso, le imploro, una vez más, que ponga fin a este sinsentido. Con ésta son ya muchas las veces que su despacho se ha dirigido a mi difunta esposa con citaciones para ser jurado, y ya son otras tantas veces las que yo, de buena fe, les he enviado a vuelta de correo puntuales especificaciones sobre su estado físico. Ciertamente, esta incorregible conducta prueba que no se han detenido a considerar sus muestras de insensibilidad hacia la susceptibilidad del consorte todavía vivo, ¿no le parece?

Por favor, no más, se lo ruego.

Mis más sinceros saludos,
Gordon Lish.

Estimada Sra. Gekker:

¿Cómo no darle a usted las gracias, las gracias a usted, por todo lo que hizo y lo que ha hecho, por todo lo que estuvo haciendo por la Sra. Lish? Usted, más que ninguna otra Persona Misericordiosa presente aquí para desempeñar sus funciones, aquí en estos aposentos, aquí en el momento justo, nadie más que usted merece el reconocimiento por su insuperable contribución al cuidado de mi pobre Barbara. Siempre la consideraré la mejor en su campo, habiéndome topado en el mismo con unos cuantos patanes que –y tengo profundas razones para sospechar que a usted le ocurrió otro tanto– nunca fueron de mi agrado, y mucho menos concitaron mis simpatías. Algunos de ellos –no incurriremos en la descortesía de mencionar los nombres de semejantes personajes– me parecieron poco menos que rufianes, cuando no verdaderos maleantes de pies a cabeza, ¿no le parece, dígame, no, no le parece a usted? Peor aún, recuerdo a dos o tres de estos maleantes que dieron muestras irrefutables de no tener la más mínima noción, no digamos ya de una mera intuición para improvisar, del significado

de la palabra aseo. ¿Y acaso no es cierto que ninguna de mis quejas, por justificado que estuviera su propósito, y sin importar cuán clamorosas fueran mis súplicas, ninguna de mis quejas, digo, fue escuchada entre el estruendoso y vulgar sonido provocado por la caída de las míseras monedas que llovían a mis pies por caridad? Sea como fuere, de algún modo intuyo que usted, y sólo usted, reparó, codo a codo conmigo, y con esmero, en todo aquello que fuera afín a la regulación del decoro de este hogar, durante el nefasto período en que todavía usted honraba mi morada con el genio de sus incomparables atenciones. Es por ello que, en consecuencia, juzgo completamente pertinente decirle que la aprecio, en el contexto de las Personas Misericordiosas, como a una amiga especial, muy preciada. Honestamente, con respecto a aquéllas que fingían ser sus hermanas en el ejercicio de la ternura, espero no volver a toparme a una sola de esas mujeres buenas-para-nada. Creo que en la vida he visto una panda de guarras más ruinosa, y ni por asomo querría vérmelas con ellas si me encontrara en la más abyecta condición de miseria. Al hilo de estas consideraciones, permítame traer a colación el espeluznante hecho de que ha surgido un percance de lo más desagradable: por terrible que

resulte la incidencia de este accidente, presiento que en cierto modo podría haber en él algún detalle de la mayor importancia para mí, y es con ese mismo objeto, en pos de vislumbrar los fundamentos de ese detalle, que la invito a reflexionar conmigo, al menos por un brevísimo instante; a pensar; si quiere, a recordar, sin esfuerzo, me atrevo a decir, la bandeja en la que la Sra. Lish les pedía a todas las señoritas que le trajeran su supositorio de morfina, tanto por la mañana como por la tarde. Difícilmente podría uno olvidarse de cuán particular era mi esposa en relación a dicho requerimiento, ¿no le parece? Naturalmente, en un hogar tan quisquilloso como éste habrá muchas cosas que perturbarán al visitante, si me perdona la torpe denominación, exigiéndole una templanza peculiarmente pertinaz. En cualquier caso, ¿estaré exigiéndole demasiado si le pido que, por favor, haga un balance de la cantidad, digámoslo así, de extrañeza que usted ha presenciado mientras se hallaba al cuidado de la Sra. Lish; esto, con el fin de determinar si usted podría encontrar entre semejante material el lenguaje exacto que tenía por costumbre emplear cada vez que —comunicándose a través de su tablero de letras— la Sra. Lish se esforzaba por recordar todo lo concerniente a esa bandeja? ¿O a ese plato, si así lo prefiere, si es

que me he equivocado al llamarlo bandeja? Oh, pero usted sabe a qué cosa precisa me refiero, ¿verdad? Bueno, basta de todo esto. Otro, en mi lugar, otro que estuviera de luto, supongo, haría mejor en reconducir las pocas fuerzas que le quedaran en otra dirección. Aun así, le estaría muy agradecido para siempre, y contraería con usted una deuda impagable, por cada una de sus palabras de respuesta sobre este asunto, más allá del poco o mucho esmero de las mismas. O si lo prefiere, llámeme por teléfono. De nuevo, muchas, muchas gracias por lo mucho que hizo. Ninguna de las otras Personas Misericordiosas fue tan merecedora de dicho nombre. Sus colegas –y no pretendo insultarla al agruparla junto a ellos– demostraron con una mujer –¡con una mujer!–, como usted misma parece haber constatado por su cuenta, sus colegas demostraron con una mujer que eran escoria.

Suyo, y con la mejor fe,
Gordon Lish.